

4. Orígenes de la monarquía

A. La crisis filistea

1.- Los Filisteos

Al mismo tiempo que las tribus israelitas se establecían en el país de Canaán en las montañas, otros invasores, los filisteos, se establecían en la costa mediterránea y formaban una pentápolis de ciudades en el territorio de las villas de Gaza, Asdod, Gat, Ecrón y Ascalón.

Como ya vimos, las invasiones de los pueblos del Mar desestabilizaron toda la zona del Medio Oriente. Por una parte pusieron fin al imperio hitita en Asia Menor, tal como se refleja en los ciclos de leyendas relativos a la guerra de Troya. Por otra parte pusieron fin al esplendor del Imperio Nuevo egipcio, que perderá su influjo y hegemonía en la tierra de Canaán. Esta desestabilización es la que marca el final de la Edad del Bronce y el inicio del Hierro.

Hoy día sabemos de la existencia de otros pueblos del Mar distintos de los filisteos, que también se asentaron en Canaán. Así por ejemplo, tenemos constancia de los teucros (Tjeker) mencionados en el papiro de Wen Amón que aparecen asentados en la costa norte, junto a Dor. Quizás los pueblos del Mar que han dejado huellas en Beisán no sean filisteos, sino sardos. En cualquier caso nos referiremos a los filisteos englobando a todos los otros restos de pueblos del Mar asentados en Canaán a finales del siglo XIII y principio del XII.

Provenían de la isla de Creta (Kaftor: Am 9,7; Dt 2,23). Se les identifica con los Pelasgos = Pelestins (las consonantes g y t son intercambiables en griego). Los filisteos tienen un origen indoeuropeo, y hablaban un dialecto protogriego. Eran de talla más alta que los semitas y tenían costumbres completamente diversas. No se circuncidaban, lo cual resultaba extraño en una zona donde todos los otros pueblos practicaban la circuncisión. Por eso van a ser conocidos como "los incircuncisos". Lo mismo que sucedía con los indios de América que guardaban como trofeo de guerra las cabelleras de los blancos, el trofeo de guerra de los israelitas serán los prepucios de los filisteos (1 Sm 18,27).

Introdujeron en la zona la industria del hierro, lo cual les dará una superioridad técnica en la batalla. Guardaron celosamente el monopolio de la industria del hierro y el acceso a las regiones mineras, lo cual les daba la ventaja en la batalla (Sm 13, 19-20). Llevaban coraza y casco (las palabras hebreas que designan estas armas son evidentemente extranjeras: (koba, shirion). Los hebreos llevaron estas armas solamente a partir del reinado de Ajab.

La práctica de los combates singulares es una de las contribuciones culturales filisteas que podemos ver en el combate entre Goliat y David (1 Sm 17,8-9), y nos recuerda las páginas de la Ilíada.

Parece ser que al principio los filisteos no intentaron adentrarse en la montaña ocupada por los israelitas, pero si hubo continuos enfrentamientos en la Shefela o tierra intermedia. La tribu que sufrió más a sus manos fue la de Dan que habitaba en el valle de Sorec, justo en la frontera filistea. El libro de los Jueces nos habla de esta confrontación (Jc 13-16). Al final los danitas tuvieron que abandonar el territorio para buscar otro en el norte, al pie del monte Hermón (Jc 18), donde fundaron un santuario que llegará a ser muy importante después del cisma samaritano.

A mitad del siglo XI los filisteos comienzan a hacer sentir el peso de su superioridad y van conquistando todo el país de una forma permanente. Los primeros conflictos entre filisteos e israelitas nos los cuenta ya la historia de Sansón, pero estas relaciones se van a deteriorar aún más, hasta llegar a una lucha a muerte por la plena posesión del país de Canaán.

Es en este momento cuando el sistema político hebreo, la confederación tribal se muestra incapaz de

hacer frente a este desafío. Cuando se trataba de enfrentarse con los ataques esporádicos de la tribu del desierto, el sistema funcionó razonablemente bien, como podemos ver en los relatos de Gedeón (Jc 7), o cuando se trataba de frenar las aspiraciones expansionistas de un determinado rey de una ciudad cananea, tal como sucede en el relato de Débora (Jc 4).

Pero ahora se trata de enfrentarse a un plan sistemático de conquista del país. Al sistema tribal hebreo le falta coherencia para resolver esta crisis. No existe un ejército profesional permanente. No hay un verdadero sentido de solidaridad. Cada tribu se preocupa sólo de defender su pequeño territorio, pero les falta una visión global del problema, y la capacidad de dar una solución de gran envergadura a la crisis filisteas.

Las excavaciones arqueológicas revelan la profundidad de la ocupación filistea. Incluso en ciudades tan alejadas de la costa como Beisán es posible encontrar huellas de ocupación de los pueblos del Mar. La instituciones israelitas se vinieron abajo estrepitosamente.

En esta fase de la expansión filistea, Judá parece haber estado pacíficamente sometida a la hegemonía filistea, y no haberse unido a sus hermanos del Norte su resistencia contra el invasor. El control filisteo sobre los territorios nuevos se ejercía por medio de “guarniciones” asentadas en lugares como Guibeá, o Belén. Los primeros intentos de rebelión israelita consistirán en el ataque a estos destacamentos filisteos.

2.- Diversas tendencias en las fuentes

¿Cómo puede un pueblo tener un rey y seguir reconociendo la realeza de YHWH? El nacimiento de la realeza fue muy conflictivo en Israel desde el punto de vista ideológico. Había resistencias a asimilarse a los otros pueblos de la región que tenían reyes. La monarquía ponía en peligro la soberanía de Dios, como podía bien verse en los países vecinos donde el rey llegaba a ser adorado como dios.

Los israelitas tenían hasta entonces una constitución patriarcal, donde los Ancianos gozaban de la misma autoridad que el padre de familia, pero ampliada a todo el clan. Una corriente dentro de la tradición israelita se enfrenta abiertamente contra la monarquía. Otra tendencia verá la monarquía como una nueva etapa en la historia de salvación (2 Sm 7), que aporta la promesa de un rey Mesías.

En el relato de 1 Sm 8-12 se combinan fuentes y tradiciones diferentes, no sólo desde el punto de vista literario o lingüístico, sino incluso ideológico. Una de estas tradiciones revela una actitud crítica contra la monarquía. Para el autor de esta fuente la iniciativa de instaurar la monarquía vino del pueblo y no de Dios (8,4-22). Otra fuente en cambio considera la realeza como don e iniciativa divinos (9, 11).

La corriente opuesta al rey responde al juicio negativo dado sobre la realeza al final del primer templo. Los reyes son considerados responsables de haber dejado que Israel se resbalase hacia la desobediencia, y son los últimos responsables de la destrucción del Reino a manos de los babilonios.

3. La Historia deuteronomista

El libro de Samuel (un libro en la Biblia hebrea y dos en la griega) contiene el relato del nacimiento de la monarquía en Israel y pertenece a lo que desde Martin Noth se ha dado en llamar la historia deuteronomista, es decir, una historia de Israel compuesta desde el punto de vista de la teología del Deuteronomio.

Dicha historia deuteronomista abarca los libros que en la Biblia Hebrea se conocen como “profetas anteriores”, es decir: Josué, Jueces, Samuel (1y 2) y Reyes (1 y 2). Las relaciones de pensamiento y vocabulario entre el Deuteronomio y estos cuatro libros se deja reconocer fácilmente. Aunque el último redactor de la obra deuteronomista es postexílico, sin embargo es claro que esta obra incorpora fuentes anteriores, elaborando tradiciones orales y documentos escritos que pertenecen a distintas épocas y autores. Inclusive esta historia no fue editada una sola vez, sino que hay huellas de diversas ediciones

sucesivas.

La historia deuteronomista es la obra de una "Escuela deuteronomista", en el mismo sentido en que hablamos de una "Escuela sacerdotal", o de una "Escuela de Isaías". Es frecuente que diversos escritos que se extienden a veces durante varios siglos se atribuyan todos al fundador de la escuela. En el caso de la escuela de Isaías, el conjunto de los oráculos se atribuye a un profeta del siglo VIII, aunque muchos de ellos pertenecen al siglo VII y VI.

En el caso de la escuela sacerdotal que redacta sus textos en la obra postexílica, podemos ver el influjo del profeta Ezequiel. Para la escuela deuteronomista algunos subrayan muchos vínculos comunes con el pensamiento y el lenguaje del profeta Oseas, el profeta del amor de Dios.

4. Samuel ¿sacerdote, profeta, vidente?

El hombre providencial de la crisis filistea será Samuel, una de las figuras de primera importancia en la historia de Israel. Es él quien jugó el papel más importante en el advenimiento de la monarquía. Pero ¿quién era Samuel? La Biblia nos le presenta a la vez como sacerdote habilitado para ofrecer el sacrificio (1 Sm 15), como "vidente" (9-10), como profeta (3,19-21) y como juez (7). No ha podido jugar todos estos papeles al mismo tiempo y es difícil decir cuáles de ellos ha ejercido.

Ha sido a la vez el hombre de la tradición y el hombre del futuro. Hombre providencial que tuvo la intuición de que el régimen político de la confederación tenía que cambiar si es que querían hacer frente a la crisis filistea.

De niño se había educado en el santuario de Siló, junto al sumo sacerdote Elí. Allí el niño Samuel fue testigo de todas las aspiraciones y las contradicciones del antiguo régimen. La historia deuteronomista ha subrayado el final de una época en la muerte de Elí y de sus hijos, y el final de Siló como templo relacionado con el arca. Esto abrirá la puerta a nuevos desarrollos en los que el arca estará ligada a David, a Jerusalén y al sacerdocio sadoquita. Samuel es el eslabón entre estas dos galaxias.

Efectivamente Samuel escogió primeramente a Saúl como rey, pero cuando esta obertura de la monarquía acabó en un completo desastre, no se aferró a su primera opción, y fue flexible para cambiar y recomenzar de nuevo con David.

B. Saúl, una primera tentativa

1.- La subida al trono de Saúl

Hay tres relatos sobre la subida de Saúl al trono:

1 Sm 11, 1-11.15: la elección se hace echando a suertes. Saúl confirma la elección mediante su victoria sobre Najas y los amonitas.

1 Sm 8,4-22; 10,17-27: la iniciativa viene del pueblo que pide un rey. Samuel se muestra contrario a la idea. Es la fuente antimonárquica.

1 Sm 9,1 - 10,16: el relato de las asnas perdidas. En este caso, la iniciativa parece venir de Dios.

El más antiguo de estos relatos parece ser el primero. La elección de Saúl sigue la misma línea de las designaciones carismáticas de los jueces anteriores. Cuando la villa de Yabés de Galaad es atacada por los amonitas (1 Sm 11), Saúl toma la iniciativa y envía mensajes a "todo el territorio de Israel". Junta a las tribus en torno a su persona y consigue la victoria.

En la historia de los jueces anteriores su vocación se terminaba tras la victoria. Esta vez Saúl recibe la unción real y es proclamado rey de una forma permanente. Después de haber asegurado la frontera oriental donde los amonitas habían intentado aprovecharse de la extrema debilidad de Israel se vuelve contra el verdadero enemigo, los Filisteos y su proyecto de conquista global.

En Guibeá, en pleno territorio de Benjamín había un destacamento filisteo. y una estela que simbolizaba esta ocupación. Cuando Jonatán, el hijo de Saúl, abatió esta estela, los filisteos comprendieron que eso significaba la rebelión de los hebreos (1 Sm 13,3). Los filisteos se juntaron para combatir contra Israel. Saúl los venció en la batalla de Mikmás (1 Sm 13-14), y fueron rechazados hacia su territorio.

Al principio de su reinado el territorio bajo el dominio de Saúl debió ser bastante pequeño. Probablemente Benjamín, Efraím y Galaad. El acceso a Judá estaba interrumpido por Jebus todavía en manos de los cananeos y gran parte del país estaba en manos de los filisteos.

La victoria de Saúl en Mikmás liberó la Shefela hasta Ayalón, prácticamente toda la región de colinas hasta la región de Gat. Saúl puso su capital en Guibeá, que en adelante será llamada Guibeá de Saúl. Probablemente coincide con las excavaciones de Tel el Ful, donde se han encontrado restos de una fortaleza israelita de finales del siglo XI.

Saúl establecerá su corte en el palacio de Guibeá, en el territorio de la tribu de Benjamín, que era su propia tribu. Todavía seguimos moviéndonos en el ámbito de la preponderancia de la "Casa de José" durante todo la época de la formación del Estado.

2.- Luces y sombras del reinado de Saúl

Saúl "estaba en la flor de su edad y era hermoso. Nadie entre los israelitas era tan bello como él. De hombros para arriba sobrepasaba a todos en estatura" (1 Sm 9,2). Tenía un verdadero carisma para guiar al pueblo pero tenía serios problemas psicológicos, probablemente un carácter maniaco depresivo que le hacía pasar por fases de exaltación y depresión. "El espíritu del Señor se había retirado de Saúl y un mal espíritu proveniente de YHWH le causaba terrores" (1 Sm 6,14). Pronto estos defectos se hicieron evidentes a todos. Su propia falta de seguridad personal le lleva a enfrentarse a Samuel, que le había designado. Samuel le retiró su confianza, quizás porque vio que Saúl no aceptaba ser una marioneta en sus manos.

En ese momento comienza a brillar en la corte del rey la estrella de David, que se había presentado como un joven de gran talento y aspiraciones. Sus éxitos en la guerra provocaron los celos de Saúl, y David tuvo que huir para salvar su vida.

Saúl se transforma en un personaje de tragedia en un descenso fatídico que le llevará hasta el abismo, fomentando una melancolía morbosa, la animosidad contra David, y la conciencia de estar en una posición inestable. Acaba por alienarse las fuerzas vivas de la nación. Se enfrenta sucesivamente con Samuel (1 Sm 15,24-31), David (1 Sm 20), los sacerdotes (1 Sm 22, 6-19), el ejército (1 Sm 14,45). Estas querellas internas le llevan a abandonar la gran empresa nacional que es la cruzada contra los filisteos.

Estos libraron la batalla decisiva contra Saúl en los montes de Gelboé, al norte de la Samaría actual, y allí perdió Saúl el reino y la vida hacia el año 1010 a.C., después de haber visto caer a sus tres hijos. Una flecha le atravesó el vientre; para no caer en manos de los filisteos, tomó la espada y se arrojó encima. Los filisteos le cortaron la cabeza y colgaron su cuerpo y el de sus hijos de los muros de Beisán (1 Sm 31).

Este cuadro sombrío y deprimente del primer rey de Israel tiene valor de signo. Cuando Jerusalén fue más tarde asediada por los babilonios, el último rey, Sedecías, fue a encontrarse con su adversario Jeremías que le había anunciado la ruina de su reino, y le puso la misma pregunta que Saúl había puesto a la nigromante de Endor. La respuesta que recibió fue la misma que recibió Saúl. El destino de la monarquía israelita estaba ya prefigurado en su primer representante.

C. El reino de David

1.- La subida de David al trono

Hay también versiones diferentes sobre la manera cómo David apareció en la corte de Saúl por vez primera. Según 1 Sm 16,14-23 su presencia fue solicitada a causa de sus aptitudes musicales. En 1 Sm 17,12-30 es la victoria sobre Goliat la que le abre el camino hacia la corte real. Según 1 Sm 16,1-13, fue todo una iniciativa de Samuel que escogió carismáticamente al hijo de Jesé de entre sus hermanos. Encontramos la huella de fuentes diversas que han sido utilizadas por el redactor deuteronomista. Sin embargo el influjo del Deuteronomio es aquí menos evidente que en Jueces o Reyes.

Una de las fuentes que se ha podido identificar es el "Relato de la subida de David al trono" (1Sm 16,1 - 2 Sm 7). Esta obra se ha solido fechar durante el esplendor cultural de la época de Salomón. Según esta opinión habría sido el comienzo de la historiografía como género literario en Israel. Hoy día hay quienes la sitúan en época posterior, en el siglo VIII o VII. Aunque muestra una admiración evidente por la persona de David, y ciertos rasgos tendenciosos, no es una historia "ad maiorem Regis gloriam", como las narraciones egipcias, tan serviles y aduladoras

David llega a la corte de Saúl en Guibeá. Pronto cautiva a todos con su encanto. Es joven, rubio, "de buen aspecto y bella hechura (1 Sm 16,12). Tiene a la vez rasgos fuertemente masculinos por la guerra y la política, y rasgos femeninos como la música, la poesía, la ternura, las lágrimas el amor excesivo hacia sus hijos a quienes mimó y malcrió. Tenía una personalidad seductora, y pronto su encanto sedujo no sólo al rey, sino a la hija del rey, Mikal que será su esposa (1 Sm 18,17-26) y al hijo del rey, Jonatán que será su mejor amigo (Sobre la amistad de David y Jonatán, ver mi artículo: "El amigo fiel no tiene precio", *Sal Terrae*, 89 (2001) 782-784).

El éxito militar de David va a suscitar la envidia de Saúl, que cambia su cariño del principio por ira y rencor. Una vez más fueron las mujeres con su admiración por David y cantando y danzando en su honor, las que despertarán los celos de Saúl. "Todos en Israel y Judá amaban a David, pero Saúl lo temía" (1 Sm 18,6-16). Tras resultar sospechoso, David tuvo que huir y se constituyó en jefe de una banda guerrillera en el desierto de Judá, al sur de Hebrón (1 Sm 22-24). Alrededor de él se congregan otros fugitivos a quienes el gobierno de Saúl había maltratado, justa o injustamente. Comienza así en el sentido más literal su "travesía del desierto". David lleva una vida de aventurero y bandolero, seguido por un puñado de proscritos. Consigue dar varios golpes de audacia, y varias veces escapa milagrosamente de la muerte.

Su situación se hizo tan precaria que se tuvo que pasar con su puñado de hombres al servicio del rey filisteo de Gat (1 Sm 27-30). El rey Aquis le confió el territorio simeonita para asegurar un cierto orden frente a los amalecitas, otras tribus vecinas de la región en guerra con los filisteos. David se atrajo la simpatía de los clanes meridionales de la tribu de Judá. Aunque estuvo al servicio de los filisteos como mercenario, la Biblia subraya que nunca atacó a sus propios hermanos israelitas (1 Sm 27,8-12).

Después del desastre de Gelboé, en el que Saúl murió y sus tropas se dispersaron, David fue proclamado rey por la tribu de Judá. La unción tuvo lugar en Hebrón (2 Sm 2,1-4). Mientras tanto en el norte el general Abner, el hombre fuerte de Israel había congregado las tropas dispersas y había pasado a la Transjordania para nombrar allí como rey a un hijo de Saúl, Ishbaal. Este reinó sólo dos años, porque sus propios oficiales le juzgaron incapaz. Finalmente, después de los asesinatos de Ishbaal y de Abner, la corona de Israel fue también ofrecida a David, ya rey de Judá, que era la única persona capaz de resolver aquella situación caótica. Así David llegó a ser a la vez rey de Judá y de Israel hacia el año 1.000 a.C. Se tratará con todo de una monarquía dualista, un Reino unido: David es rey sobre Israel y sobre Judá (2 Sm 5,5). Pero es un reino expuesto a tensiones y luchas intestinas que tenían que acabar tarde o temprano en un cisma.

2.- El imperio de David

Decíamos que siete años después de su unción en Hebrón, David se convierte en rey de todo Israel. Su primer problema fue dotarse de una capital. ¿Dónde? Elegir Hebrón o Belén equivaldría dar a la tribu de Judá una preponderancia que no había tenido nunca y suscitar los celos y el odio de las tribus del norte. Pero establecer la capital en el norte, significaba traicionar a sus compatriotas de Judá que le habían sido fieles en las horas difíciles. Además en el norte no sería sino un rehén en manos de los israelitas de Efraím y sus grupos de presión. Fue entonces cuando decidió conquistar Jerusalén que hasta entonces había estado en manos de los jebuseos.

La ciudad jebusea ha sido hallada en las excavaciones arqueológicas. La fortaleza se encontraba en la colina oriental, limitada al este por el valle del Cedrón y al oeste por el valle del Tiropeon. Al fondo de la pendiente oriental se encuentra la fuente del Gihon. Los jebuseos tenían acceso al agua desde el interior de la muralla por medio de importantes obras de ingeniería. La fortaleza era verdaderamente inexpugnable. El rey jebuseo alardeaba de que incluso hasta los ciegos y los cojos podrían rechazar fácilmente a los asaltantes (2 Sm 5,6).

Para David el sitio era ideal. Exactamente la frontera entre Judá y Benjamín. La ciudad no pertenecía al sistema tribal, ya nadie podría pensar que una tribu había sido especialmente favorecida. Jerusalén, fuera de los reclamos tribales, será "su" ciudad persona, la ciudad de David (2 Sm 5,9), la dote personal de la dinastía davídica donde podrá establecer su poder personal, su gobierno central, la administración y un ejército profesional que le será siempre fiel. Allí se rodea de símbolos de prestigio típicamente orientales, el palacio, el harén con numerosas esposas y concubinas (1 Cr 3,1-9), la guardia pretoriana de los "treinta" y los "tres" (1 Cr 11, 26-47). Centraliza en la nueva capital el poder administrativo, dotando a Israel de una burocracia y un equipo de funcionarios (1 Cr 27), y pone al frente del ejército al astuto general Joab, su pariente y su incondicional servidor.

3.- Las guerras expansionistas

Y comienzan aquí las grandes aventuras militares de David. Primero se vuelve contra los filisteos y consigue una gran victoria junto a las aguas del valle de Refaim, junto a Jerusalén (1 Sm 5,17-25). A partir de ese momento los filisteos ya nunca serán una amenaza contra Israel y quedarán como estado vasallo. Pero no se contenta con eso. Aprovechándose del eclipse temporal de las grandes potencias de Egipto y Mesopotamia, se crea un pequeño imperio en Siria y Palestina.

Las últimas ciudades cananeas son conquistadas. Moab (2 Sm 8,2) y Edom (1 Sm 8,14) se convierten en vasallos de David y le rinden tributo. Después de la toma de Rabbat Amón, se ciñe la corona de los amonitas (2 Sm 12,26-31).

Interviene también en las querellas de los pequeños estados arameos y extiende su protección al reino de Hamat (2 Sm 8,8-11). La esfera de influencia de David, según el relato bíblico, se extendió desde Egipto hasta el Éufrates. Fue el momento de máximo esplendor de la historia de Israel.

4.- La teología política de David

Pero la obra más duradera de David fue unificar el conglomerado amorfo de las tribus en torno a no tanto a su persona cuanto en torno a un proyecto político y religioso. El arca era el símbolo más significativo de la israelidad de Israel. Quizás la iniciativa más importante de todo su reino fue trasladar el arca a Jerusalén. Así vincula la nueva realidad política a las antiguas instituciones. El traslado del arca estuvo rodeado de gestos rituales y de un desbordamiento de alegría (2 Sm 6,1-23). Asume así el pasado de Israel, los años de pobreza, de servidumbre, de itinerancia. La función real y la administración del reino son la prolongación de antiguas promesas hechas a los antepasados de Israel, pero en un marco completamente nuevo.

Y estas promesas de Dios a Moisés y a los patriarcas no van a quedar vinculadas sólo a su persona, sino a su dinastía, "la casa de David". Las promesas genéricas que Dios hizo a Israel son canalizadas ahora a

través de David y sus descendientes. El rey Mesías del futuro será un descendiente de David. Las expectativas del pueblo se ven así condicionadas por la mediación de los reyes davídicos. La fidelidad a la alianza hecha con el Señor equivale a la fidelidad a la casa de David.

2 Sm 7 es el capítulo más importante en la historia de la monarquía. David quería construir una casa (templo) para el Señor, pero Dios le hace ver por la mediación del profeta Natán que no son esos sus planes. No es David quien va a construir una casa para el Señor, porque YHWH no es un dios que pueda quedar encerrado en una casa. Es Dios quien va a construir una casa (dinastía) a David. La realeza se perpetuará sin fin en la casa de David. La historia de Dios con su pueblo en adelante estará vinculada a una familia determinada.

David es el prototipo del futuro Mesías. Esta teología mesiánica que encontramos en oráculo de Natán, será desarrollada en los salmos reales (2, 45, 89, 110...), y en los oráculos proféticos de Isaías (el libro de Emmanuel: Is 7-11) o de Ezequiel (Ez 34). Siempre habrá un rey davídico en el trono de Jerusalén. Esta dinastía no será jamás rechazada como fue la de David. Nunca los enemigos podrán prevalecer contra Israel mientras haya un rey davídico sentado en el trono de Jerusalén. Esta teología davídica dará una gran estabilidad al reino de Judá. De hecho durante toda la etapa del primer templo no hubo en Jerusalén ningún cambio de dinastía, mientras que en el norte se sucedían continuamente los golpes de estado.

5.- David y sus hijos

Los últimos años del reinado de David estuvieron oscurecidos por guerras continuas. La revuelta de sus hijos, sobre todo de Absalón, será el banderín de enganche de todo el descontento que había Judá y en su antigua capital Hebrón, desde que David la abandonó para poner su capital en Jerusalén.

Absalón es también un hombre hermoso, como David al tiempo de su juventud. Hace matar a su hermano Amón (2 Sm 13). Pero el rey se muestra débil hacia ese hijo, como lo había sido con todos sus hijos, y le da una segunda oportunidad (2 Sm 14, 28-33). Absalón prepara una conspiración y se hace proclamar rey en Hebrón. David huye de Jerusalén y se refugia en el desierto hasta que su general Joab finalmente puede aplastar la rebelión (2 Sm 15-19).

La segunda gran crisis será la revuelta de Sheba (2 Sm 20), que explotará el descontento de las tribus del Norte, que habían perdido la hegemonía que habían tenido al tiempo de la confederación tribal. Estas revueltas nos muestran lo frágiles que eran los lazos forjados entre las tribus de Israel, y nos hacen ver las semillas del cisma futuro.

Para la historia de este período descubrimos en la historia deuteronomica la presencia de una fuente de una calidad extraordinaria desde el punto de vista literario. Se la llama con el nombre de "Historia de la sucesión al trono" y engloba los capítulos 2 Sm 9-20 y 1 R 1-2.

El autor del relato ha descrito con una lucidez cruel el desencadenamiento de las pasiones y las envidias de hijos y madres, junto con la debilidad del padre. Los sucesos se desenvuelven durante la ancianidad de un rey que se va a ver manipulado fácilmente por su entorno.

Algunos piensan que tanto la "Historia de la subida de David al trono" como la "Historia de su sucesión", son partes de un relato único. Dicho relato se centraría en la historia del arca desde su captura por los filisteos hasta su entronización en el nuevo templo construido por Salomón. Este relato se habría escrito con una finalidad apologética y debería ser datado en el siglo X, y no en la época del redactor deuteronomista.

D. Salomón en el trono de David

1.- Salomón administrador

Era el décimo hijo de David, el cuarto nacido en Jerusalén. Hijo de Betsabé, cuyo adulterio había dado tanto que hablar, había asistido en la sombra a las rivalidades entre sus hermanos mayores. El reino de Salomón nos es conocido por dos fuentes: el libro de los Reyes (1 R 1,28-11,43) y el libro de las Crónicas (1 Cr 29,21-30; 2 Cr 1,1-9,31). En el libro de las Crónicas Salomón se ha hecho perdonar sus pecados gracias a la construcción del templo y el Cronista subrayará sólo los aspectos positivos del reino en el campo del culto y la liturgia. En cambio la historia deuteronomista se muestra mucho más crítica, aunque también cierre un poco los ojos sobre los aspectos más negativos del reinado

Su reino comenzó con un baño de sangre. Su hermano Adonías y el general Joab fueron pasados por las armas, y sus partidarios debieron sufrir una purga (1 R 2).

Beneficiándose de las victorias y la política tan hábil de su padre, Salomón no tuvo que combatir en sus fronteras. La guerra fue sustituida por la diplomacia. Los matrimonios con princesas extranjeras confirmaban los pactos políticos con sus países respectivos. Se casó incluso con la hija del Faraón (1 R 3,1). La Biblia nos dice que “amó a muchas mujeres” (1 R 11,1). Llegó a tener 700 esposas y 300 concubinas. ¿Es posible “amar” a 1.000 mujeres a la vez. Pero en realidad el harén oriental tiene poco que ver con el amor. Es su símbolo de estatus social y de prestigio. Un monarca que quería hacerse respetar debía tener un harén muy numeroso.

La paz que caracteriza su reinado le permite consagrar sus esfuerzos a otras tareas: creación de una administración unitaria que rompe el cuadro de las tribus e imita los métodos de los grandes imperios (1Re 4,1 - 5,8); trabajos considerables que embellecen la capital y la dotan de un palacio y un templo suntuoso. La alianza con el rey de Tiro le abre el comercio marítimo (1 R 4,15-26); arma una flota mercante en el puerto de Esion Geber, cerca de Eilat, en las orillas del mar Rojo. Del Líbano trae madera para la construcción del templo. Con África comerciaba el oro, la plata, el marfil y el ébano (1 R 9,26-28; 10,11-13,22). La cantidad de metales preciosos traídos por Salomón es asombrosa: 420 talentos, que equivalen a 15.000 kilogramos.

Controló las rutas de las caravanas, sobre todo la "via maris", imponiendo sus peajes (1 R 10,15). Creó un cinturón de villas fortificadas, que podemos ver todavía en los estratos arqueológicos de esta época en Jasor, Meguido y Gézer (1 R 9,19). Reunió un gran número de caballos y de carros –1.400 carros y 12.000 caballos-, y construyó gigan-tescas caballerizas para albergarlos (1 R 10,28-29).

2.- La religión y la literatura

La realización más importante de Salomón fue la construcción del Templo de Jerusalén durante siete años. El arquitecto principal fue un ingeniero de Tiro (1R 6). El templo se inspiraba en los templos cananeos de tres recintos: el vestíbulo (ulam), el santo (hekal) y el sancta sanctorum (debir), una cámara oscura separada del hekal por el velo. En el lugar donde en los templos cananeos se encontraba el ídolo, encontramos en Jerusalén el arca de la alianza, con el propiciatorio y los querubines de oro, el lugar donde Dios encuentra su reposo. "Dios se sienta sobre los querubines" (Sal 80,2).

Esta actividad de construcción en el templo y en el palacio real llevó a un florecimiento de las artes durante su reinado. El rey Salomón ha pasado a la historia como el rey sabio por excelencia. Compone proverbios, cantos, fábulas sobre animales y plantas (2 Sm 5,9-14). Israel acoge la sabiduría prestada de Egipto. Enseguida hablaremos del comienzo de los géneros literarios que estarán más tarde presentes en la Biblia, el género sapiencial, la lírica, la historiografía.

3.- Las sombras del reino de Salomón

A pesar de estas manifestaciones brillantes, algunas grietas empiezan a notarse en el edificio. Salomón no tuvo el valor de su padre. Durante su reinado, Hadad, un hijo del rey de Edom destronado por David, se instaló de nuevo en su país (1 R 11,14-22). Razin funda en Damasco un reino arameo que pronto se convertirá en el primer rival de Israel (1 R 11,23-25).

La acogida y asimilación del patrimonio cultural extranjero condujo también a serios conflictos. Las princesas extranjeras introdujeron en Jerusalén los cultos de los dioses de sus países de origen, y Salomón mismo se vio arrastrado a esos cultos.

Para la construcción del templo y de las otras obras faraónicas, además de numerosos técnicos extranjeros, Salomón debió recurrir al trabajo forzado; impuso las levas no sólo a esclavos y extranjeros, sino aun a los israelitas. Millares de israelitas participaban en las brigadas de trabajo: 30.000 transportaban los materiales de construcción, 70.000 los cargaban, y 80.000 picaban piedra en las canteras. Esta multitudinaria mano de obra era dirigida por 3.000 capataces.

Esta obra sólo podía ser llevada a cabo gracias a una organización compleja. De todo ello surgió un aparato de estado muy organizado y centralizado, que chocaba directamente con la antigua situación tradicional de las tribus y su organización patriarcal. Los funcionarios constituían una nueva clase social. Por primera vez hubo en Israel dos clases sociales enfrentadas.

Quizás cuando el Yahvista describe la torre de Babel, o la opresión del pueblo en Egipto, podemos ver ahí una crítica velada de las estructuras grandiosas que estaban presentes en Israel en tiempo de Salomón.

Fue necesario importar muchos materiales de construcción. Jiram, rey de Tiro, tenía el monopolio de la madera. Salomón tenía que pagar anualmente 8 toneladas de trigo y 8.000 litros de aceite de primera calidad (1 R 5,25). Al final de la construcción la deuda externa era tan grande que Salomón tuvo que dar a Jiram 20 ciudades israelitas de la Galilea a cuenta del pago (1 R 9,11).

La lujosa corte salomónica se financiaba también desde el bolsillo del modesto contribuyente. Cada día consumía 12 toneladas de trigo especial y 24 toneladas de harina común, lo cual supone anualmente 4.380 toneladas de trigo especial y 8.760 toneladas de harina común. El consumo diario de carne era de diez bueyes cebados, 20 bueyes alimentados con pastos y cien ovejas.

La complicada administración salomónica se encargaba de recaudar los impuestos que recaían sobre todo sobre los territorios del Norte. Aunque la crítica bíblica principalmente sobre la idolatría de Salomón y los templos de sus mujeres, hay sin duda una crítica velada a estos sistemas grandiosos salomónicos, tan lejanos de la simplicidad y austeridad de las antiguas tribus.

“YHWH se enojó contra Salomón por haber desviado su corazón de YHWH, Dios de Israel, que se le había aparecido dos veces, y le había dado instrucciones sobre esta cuestión, que no marchara en pos de otros dioses... Por haber actuado así y no haber guardado mi alianza y las leyes que te ordené, voy a arrancar el reino de tus manos y lo daré a un siervo tuyo. Pero no lo haré en vida tuya, en atención a David tu padre. Lo arrancaré de mano de tu hijo. Tampoco arrancaré todo el reino; daré una tribu a tu hijo, en atención a David, mi siervo, y a Jerusalén que he elegido (1 R 11,9-13).

Como premonición de lo que iba a suceder tras la muerte de Salomón, el general Jeroboán se rebeló contra el rey. Notemos que Jeroboán es un efraimita, la tribu que más había perdido cuando se desplazó el centro de gravedad del país hacia el sur. Y el profeta que será su mentor espiritual es Ajías de Siló (1 R 26-40). Podemos ver estos dos nombres la alusión a viejos resentimientos de las tribus del norte contra la monarquía judaíta, que desembocarán en el cisma durante el reinado del sucesor de Salomón.

4.- La literatura bíblica en toda esta época

Con el establecimiento de la monarquía en Israel se hizo más necesario que nunca el uso de la escritura en la administración, el comercio, la corte... Desde este momento podemos hablar con seguridad de la existencia de escritos, y no sólo de tradiciones orales, aunque éstos no coincidan exactamente con los libros actuales de la Biblia y estén abiertos a sucesivas redacciones corregidas y aumentadas. La necesidad de justificar ideológicamente la monarquía davídica y sus instituciones debió llevar a

redactar las tradiciones antiguas de los padres, de modo que sirvieran como aglutinante ideológico. Algunos asignan a esta época de los comienzos de la monarquía la fuente J (yahvista) que recoge las antiguas tradiciones de las tribus del Sur, aunque cada vez son más los que la fechan más tarde en el siglo VIII y VII.

Von Rad es el que más ha hecho hincapié en valorar esta época de Ilustración salomónica, como cuna de la literatura de Israel. En la corte se crean escuelas para la formación de los escribas y funcionarios reales. Por supuesto que estos primeros escritos no gozan todavía de un status canónico de “Escritura”, pero comienzan a ser el germen de futuros desarrollos.

Veamos algunos de los ámbitos en los que esta literatura comienza a generarse y transmitirse:

En el marco del clan familiar siguen cultivándose las tradiciones orales: sagas, leyendas, relatos sobre el éxodo... A este ámbito familiar probablemente pueden remitirse textos como el cántico de María (Ex 15, 21) o el “cántico de los pozos” (Nm 21, 17-18).

En los lugares de culto, especialmente el templo de Jerusalén, se transmiten leyendas, rituales, oráculos (como la bendición de Balaam en Nm 24)... Quizás en este ámbito se redacta el documento yahvista (que incluye el “decálogo”), y tal vez alguno de los salmos más primitivos.

En ámbitos carismáticos vinculados a figuras religiosas (como Samuel) ajenas al mundo del sacerdocio hereditario, nacieron probablemente textos como el cántico de Débora (Jc 5), la historia del Arca (relato bastante unitario tal como se nos ha conservado, en 1 Sm 4, 1 – 7, 1), o las “floreillas” de Samuel, y quizá otras obras, desconocidos para nosotros pero mencionadas en la Biblia, como el Libro de las guerras de YHWH (Nm 21, 14) o el Libro del Justo (Jos 10, 13; 2 Sm 1, 18).

En la corte se lleva a cabo una codificación de proverbios (que mucho más tarde será atribuida a Salomón), se confeccionan listas de funcionarios (como las que tenemos en 2 Sm 20, 23-26 o en 1 Re 4, 1-19) y se redacta el relato novelesco unificado de la ascensión de David al trono, su reinado y su sucesión.

Como conclusión, podemos decir que en esta etapa de la historia del pueblo judío no existía aún ninguno de los libros que hoy conocemos como bíblicos. Sin duda había una búsqueda de la palabra de Dios y una experiencia de ésta; incluso tal vez algunos textos suscitaban cierta veneración religiosa, pero claramente no se tenía el sentido de una “Palabra de Dios” recogida por escrito y proclamada como tal. No hay todavía Escritura canónica.

Incluso podría haber tradiciones diferentes sobre Jacob y sobre Israel, que en la redacción bíblica aparecen como un solo personaje. Al fusionarse las tribus que detentaban a uno u otro como epónimos, se fusionaron también los dos nombres en un solo personaje. Los relatos sobre la estancia de Abrahán en Hebrón pueden considerarse como un precedente legitimador del reinado de David, que tuvo su primera sede en esa ciudad. Los manejos de Rebeca para dar la primogenitura a su hijo Jacob, pueden ser un modo de legitimar el hecho de que Betsabé intrigó también para que el trono fuese a Salomón, a pesar de no ser el primogénito.

Los que atribuyen estos escritos a una época postexílica, piensan que tratan de justificar los reclamos territoriales de los judíos en Hebrón y el sur de la montaña de Judea que cuando el exilio había sido ocupado por los edomitas (idumeos),

Las hipótesis minimalistas recientes, a las que venimos aludiendo continuamente, ponen en cuestión este florecimiento literario de la corte de Salomón, y retrasan mucho la aparición de los primeros escritos bíblicos. Uno de los argumentos que más utilizan es la absoluta falta de inscripciones anteriores al siglo VII en todas las muchas excavaciones que se vienen haciendo en Jerusalén. Esta ausencia total de inscripciones escritas de este período contrasta con el número creciente de

inscripciones que se van encontrando a partir de finales del siglo VIII. Parece como si de repente, en la época de Ezequías la sociedad israelita se hubiese alfabetizado de golpe.

Ahora bien, aunque puede que antes de la alfabetización generalizada se hayan dado tradiciones orales y géneros literarios orales, sin embargo hay que suponer que el desarrollo de la literatura requiere una alfabetización previa, y mal podríamos hablar de un esplendor literario en la corte de Salomón en el siglo X, si para entonces el país no estaba aún alfabetizado y la escritura era sólo un instrumento en las manos de unos pocos escribas de la cancillería real de Jerusalén o de Samaría. Todo esto viene a poner un signo de interrogación en cuanto hemos dicho anteriormente sobre el esplendor literario de la corte de Salomón. Mal puede florecer la literatura cuando todavía no hay un público de lectores. Aunque Jerusalén se va configurando como el principal lugar de culto judío, existían todavía en Israel santuarios muy diversos. Los más antiguos (Siquén, Betel, Mambré, Beersheba, Penuel) son de origen cananeo; otros surgen en la época del éxodo (la tienda de la reunión, el arca de la Alianza) y aun después (Guilgal, Siló, Mispá, Dan, Ramá). Por su parte, Jerusalén será un lugar de culto asociado al Arca de la Alianza, sobre todo después de la construcción del templo por Salomón. Este culto al principio convivió con el de otros altares y templos dedicados también a YHWH, como es el caso del templo de Arad, descubierto por los arqueólogos. Sin embargo el templo de Jerusalén fue cobrando cada vez más importancia, hasta convertirse, en época de Josías, en único lugar de culto. Aun así, todavía surgieron santuarios nuevos como Elefantina, Garizín o Leontópolis, pero siempre tuvieron la sombra de sospecha de heterodoxia.

Junto con los lugares de culto, vamos a mencionar el origen de las fiestas judías. Tres de ellas son muy primitivas, de origen cananeo y de carácter agrario, vinculadas después a acontecimientos religiosos: la Pascua o Ácimos (primera siega, levadura nueva, sacrificio de los corderos), la fiesta de las Semanas (ofrenda de las primicias de la cosecha,) y la fiesta de las Tiendas (fiesta de la vendimia). Estas tres fiestas comienzan teniendo un significado agrario en cuanto que están asociadas a los ciclos de la siembra y recolección, pero posteriormente asumen a la vez un significado histórico, en cuanto que son relacionadas con acontecimientos fundacionales de Israel. La fiesta de los Ácimos de sabor agrícola se ligará al sacrificio del cordero, de sabor más nomádico y pastoril, y se ligará al recuerdo de la Pascua y la salida de Egipto. La fiesta de las Semanas y la ofrenda de las cosechas se ligará muy tardíamente con el don de la Ley en el monte Sinaí. La fiesta de las Tiendas, para pedir las primeras lluvias antes de la siembra, se relacionará con los años de peregrinación en el desierto. En cuanto al shabbat, aunque es una institución antigua, no adquirió su fuerza como signo de identidad del pueblo hasta la época del destierro en Babilonia. Las otras fiestas tales como Hanuká y Yom Kippur son también posteriores.